

DECIMOS siempre que nos topamos con alguien cuando, sin haberlo previsto, se produce el encuentro, esto es: que vamos ciegamente, hendiendo si no con la nariz —como el pequeño roedor subterráneo—, con la mandíbula y hasta con la jeta en la que recibimos los golpes. Pero toparse con algo significa también la sorpresa que nos obliga a abrir los ojos —lo que no puede hacer el ciego topo—, porque en nuestro idioma castellano, que presume de claro, pero es tantas veces confuso, se ha dicho que es topo el que tropieza en cualquier cosa —de ahí lo de toparse, que vale también por encontrarse y que es, curiosamente, un abrir los ojos—. Cuando uno se da un golpe, aunque sea ciego, ¿no ve las estrellas?

Sin embargo, en ese código de frecuencias que supone el intento de fijar un idioma, la relación entre lo que se quiere decir y lo que se dice y se entiende, hay que pensar en que el topo es simplemente el que se esconde. Necesita respirar y asoma a veces. Así se los han encontrado Manuel Leguineche y Jesús Torbado (1) a estos hombres que se escondieron como los topos y que, en la mayor parte de los casos, no iban a socavar, porque ni podían ni querían el nuevo orden establecido por los vencedores de la guerra civil, sino que simplemente se escondían. Uno de ellos, "El Lirio", fue acaso el más auténtico topo porque hozó en las basuras de una cochiguera y sus ojos no resistían ya la luz.

¿Por qué se esconde el hombre? Simplemente por miedo, y el miedo tiene su origen en la amenaza. De este mismo tiempo que describe el libro de Leguineche y Torbado, hay un documento estremecedor que me mostró en una ocasión mi amigo José Jiménez Lozano. Yo le he dado datos sobre los enterrados en los corralillos, los que no tienen descanso, pero él me enseñó un libro piadoso comprado en una almoneda y que él adquirió sólo en nombre de su religión cristiana y en el que con sorpresa encontró la lista de quienes habrían de ser eliminados en un pueblo, y que hemos comprobado que, piadosa e impiadosamente, fueron asesinados en nombre de una religión de amor. Por eso, simplemente, todos se escondieron, nos esconderíamos nosotros, por miedo, porque todos nos escondemos muchas veces a diario hasta de nosotros mismos. Es una escapada vergonzante cuando no se puede seguir huyendo, y el regreso, la reparación, parece más fácil y posible, aunque no siempre resulte así. Hay momentos en que el hombre, arrastrado por una ola de locura colectiva, que lo mismo le hace ser eso que se llama

Historias de España

LOS HOMBRES QUE SE ESCONDEN Y HACEN EL TOPO



Manuel Leguineche, izquierda, y Jesús Torbado.

EMILIO SALCEDO

héroe —el que huye hacia adelante— que a confundirse con la tierra, la pared o el armario, a convertirse en casi objeto, pero objeto de desecho, basura y escoria, da la razón a sus rivales vencedores porque se arrojan al vértigo de la nada, al no ser. En Castilla se decía de alguien que no sabe por dónde va o por dónde puede salir en la vida, "que no es". Este "no ser" define todo. Los hombres ocultos —título y tema de un film de Alfonso Ungría— pierden su identidad, dejan de ser. Ni siquiera pueden aspirar a la alienación, a la alteración, a ser otros. Dejan de ser ellos mismos y no son, o son nadie.

¿Qué han salvado?, sus vidas. Eso es lo que van contando, con su historia, a los autores de este libro. ¿O han perdido sus vidas? Varios de estos topos vivieron la guerra civil o parte de ella y hasta uno la prolongó sin saber que teórica —pero no realmente— había terminado. Su comportamiento era radicalmente distinto. "Eso de la guerra —dice Manuel Hidalgo España— es como un río: se mete uno y está el agua fría, pero una vez que se mete ya no estorba nada, ya se pierde el miedo". Cuando la guerra ha terminado vuelve el temor, terror, miedo o como se quiera llamarlo. Así es el caso del que deserta tontamente en plena borrachera desde los nacionales hasta Francia, Antonio Urbina, que al final de la historia dirá: "Y el miedo, ¿dónde deja usted el miedo?". Es también el caso del úl-

timo guerrillero y de los otros que se escondieron nada más empezar la guerra, que cerraban los ojos a una realidad colectiva. No es cuestión de juzgar su caso, sino de comprenderlo.

Por eso son estremecedoras todas las historias en las que, paradójicamente, se pierde la individualidad en la lucha por lucha, por conservar a cualquier precio. Este fue el drama de España. Hubo topos en una zona, la republicana, la legal entonces, que fueron topos sólo durante treinta y dos meses y hay que apartar de los topos a los emboscados y activos saboteadores de la famosa quinta columna de la que existe el ejemplo de un alcarreño en este libro. En la otra zona, en la sublevada, la ilegal, la vencedora al fin, serían topos de treinta y más años. Muchos de estos hombres escondidos podrían haber salido acaso de sus toperas sin riesgo de sus vidas antes de cuando lo hicieron. Su riesgo histórico, de todas formas, no era necesariamente político. Bajo esta bandera se solventaron rencores, se liquidaron envidias, se cobraron deudas y fracasos y se resolvieron herencias. De ahí que, fundamentalmente, se nos aparezcan en estas historias como seres demasiado inocentes. Hay que pensar que se encontraron en una situación de desesperanza que les llevaba a su propia aniquilación, a ser topos que no sólo prepararon su topera, sino que no querían —o su familia no les dejaba— volver a la superficie. Por con-

servar la libertad se convertían en prisioneros y, lo que es peor, en carceleros de ellos mismos.

Leer este libro es una experiencia estremecedora. Leguineche y Torbado han trabajado con un empeño técnico en el que se deja a cada protagonista su propio lenguaje: dejarles hablar, que ellos digan sus miedos y sus esperanzas, sus rencores, que oculten las traiciones de que fueron objeto, que se hagan trampas en el recuerdo como todos hacemos cuando contamos nuestra propia historia. Podría compararse el tono de las declaraciones de algunos de estos topos en Pueblo, Ya, ABC, o cualquier otro periódico hacia 1969 y lo que en este libro cuentan, muerto ya el ominoso patriarca, Señor del Miedo, con alguna esperanza. Eran topos y la luz y la verdad les hacía daño, quizá se lo siga haciendo.

Y, sin embargo, su historia, su drama de hombres enterrados en vida, es auténtica. En aquella ocultación, con aquella pérdida de la libertad para creer que seguían siendo libres; en aquel vivir enterrados en vida para sentirse supervivientes a pesar de todo, en aquel permanecer inactivos creyendo que escuchando una radio galena o un transistor después, transformaban el mundo, expresaban la única forma posible de resistencia y la más desesperada y desesperanzada: la resistencia solitaria que ni a ellos mismos les convenía, que les reclusa cada vez más en su aislamiento.

Leer este libro es toda una experiencia. Leguineche y Torbado saben llevarnos a convivir, **conmorir**, con estos personajes de la gran derrota española. Nosotros somos también esos topos; a veces, ese desesperanzado y solitario anarquista; otras, el topo al que sólo sobre su tumba se **no depositan** las flores porque hay rencor, o el topo descubierto por la denuncia de ansia de herencia de la hija que realmente no existía porque denunciaba a un padre muerto que ella sabía vivo, o el simple agazapado que no sabe al final por qué se escondió, si acaso fue presionado por su familia más que por el miedo a los vencedores, o porque el hijo, oportunista de la democracia que aún no ha llegado, le quiere convertir en pieza rentable de una feria tan monstruosa como la guerra civil, o porque su natural reserva y miedo de los primeros momentos se convirtió en hábito, porque a todo se acostumbra uno con tal de sobrevivir.

Es esta una triste historia; son muchas y muy tristes historias que ahí quedan y que explican acaso mejor que las batallas de Teruel y del Ebro el drama de haber sido español aquellos años o seguir siendo en éstos. Los topos podría haber sido muchos libros históricos, o novelas, dramas, o films, pero es, nada más y nada menos, que todo un breviario de remordimientos, frustraciones, temores y, aunque parezca extraño —del rescoldo de las cenizas si no un fénix algo renace—, de esperanzas españolas. ■

(1) Jesús Torbado, Manuel Leguineche, Los topos. Librería Editorial Arcos Vergara, S. A. Barcelona, 1977. 484 páginas.